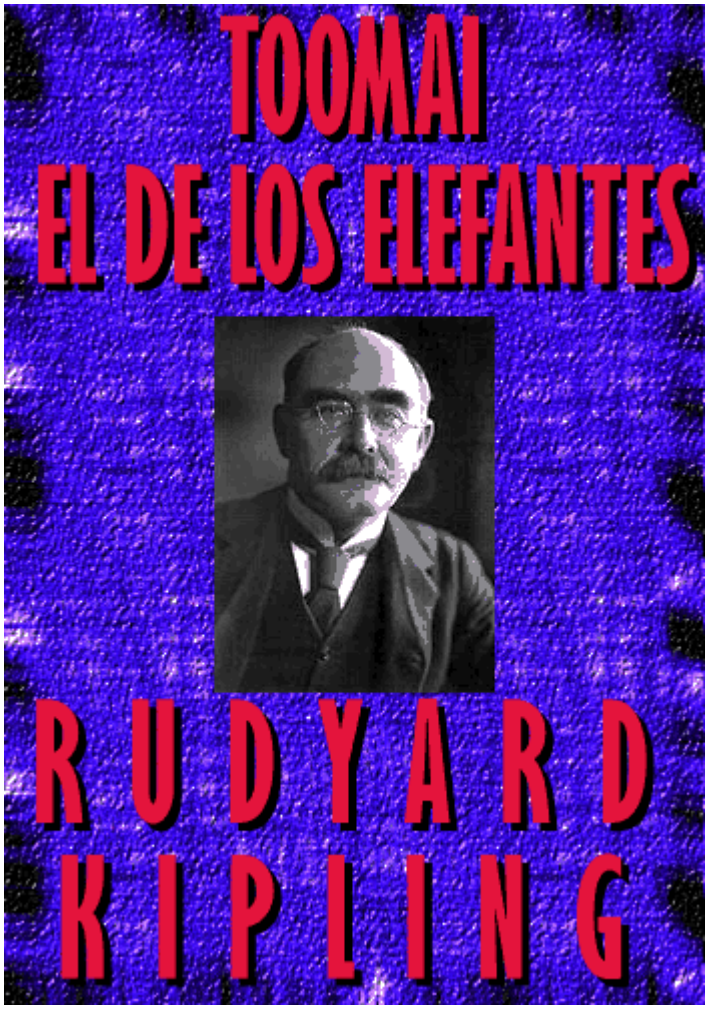
TOOMAI EL DE LOS ELEFANTES

Rudyard Kipling



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Pensar quiero en lo que fui
y olvidar que estoy atado; y recordar el pasado
y cuanto en el bosque vi.

No quiero al hombre venderme
por un puñado de caña,
sino huir a la montaña
y entre los míos perderme.

Quiero, hasta el alba vagando,
ir el beso recibiendo
del aire que va corriendo,
del agua que va pasando.

Quiero olvidar mis pesadas
cadenas y mis dolores;
ver a mis viejos amores
y a mis libres camaradas.

Kala Nag, que significa la serpiente negra, había servido al Gobierno de la India, de todos los modos posibles para un elefante, por espacio de cuarenta y siete años, y como ya tenía veinte bien cumplidos cuando lo cazaron, arroja la suma un total de cerca de setenta años... la edad madura para un elefante.

Acordábase de haber tirado, con un gran cojín de cuero en la frente, de un cañón que se había atascado en el barro, y ocurrió esto antes de la guerra del Afganistán que hubo en 1842, cuando él no había adquirido aún todo su desarrollo. Su madre, Radha Pyari (Radha, la niña mimada), que fue cogida con Kala Nag en la misma cacería, díjole, antes de que mudara los colmillos de leche, que los elefantes que tienen miedo acaban siempre por hacerse daño; y Kala Nag estaba convencido de la bondad de este consejo, porque la primera vez que vio estallar una bomba retrocedió, dando gritos, hacia un sitio en que había unos fusiles formando pabellón, y las bayonetas se le clavaron en todas las partes más blandas de su cuerpo. Así pues, antes de cumplir los veinticinco años, no tenía ya miedo, y, como consecuencia, era el elefante más querido y bien cuidado de cuantos estaban al servicio del Gobierno de la India. Había llevado a cuestas infinidad de tiendas (nada menos que mil doscientas libras de peso), en la marcha a través de la India septentrional; lo izaron a un barco, al extremo de una grúa de vapor, llevándolo luego días y días por el mar, y obligándole a transportar un mortero, colocado sobre su espalda, en país extraño y lleno de rocas, que se hallaba a larga distancia de la India; vio al emperador Teodoro tendido sin vida allá en Magdala; y había vuelto en el barco, con méritos suficientes, al decir de los soldados, para que le dieran la medalla de la guerra de Abisinia. Hubo de ver a otros elefantes, compañeros suyos, morir de frío, de epilepsia, de hambre o de insolación en un sitio llamado Ali Musjid, diez años más tarde; y luego lo habían mandado a centenares de leguas hacia el sur para acarrear enormes vigas de madera de tec, en los almacenes de Moulmein. Allí dejó casi medio muerto a un elefante joven que se insubordinó resistiéndose al trabajo.

Después de esto lo separaron de aquella ocupación de acarrear madera y lo pusieron, junto con unos pocos más que estaban ya acostumbrados al oficio, a ayudar en la caza de elefantes salvajes, allá entre las colinas de Garo. El Gobierno de la India cuida muy escrupulosamente de cuanto se refiere a los elefantes. Hay todo un departamento especial que no hace otra cosa más que perseguirlos, cogerlos, domarlos y mandarlos de un lado a otro del país cuando sus servicios se necesitan para algún trabajo.

Medía Kala Nag, desde el suelo hasta la cruz, tres metros bien cumplidos, y sus colmillos habían sido cortados, dejándoles sólo unos fragmentos como de un metro y medio de largo, los cuales, para que no se rajaran, iban cubiertos en el extremo con unas tiras de cobre; pero ello es que podía hacer mucho más él con aquel par de trozos que cualquier elefante no adiestrado con enteros y afilados colmillos.

Cuando tras largas semanas de vigilante labor acorralando a sus semejantes esparcidos por las montañas, los cuarenta o cincuenta monstruos salvajes se veían obligados a entrar en la última empalizada, y la enorme puerta, hecha de troncos de árbol unidos, después de levantada, caía con estrépito detrás de ellos, Kala Nag, obedeciendo a una voz de mando, penetraba en aquel movedizo y bramador pandemónium (generalmente de noche, cuando la vacilante luz de las antorchas hacía difícil el calcular las distancias), y, cogiendo por su cuenta al mayor, más salvaje de los elefantes, y de más largos colmillos, lo golpeaba y perseguía hasta reducirlo al silencio y a la quietud más completos, mientras los hombres, montados en los otros elefantes, lanzaban cuerdas sobre los más pequeños y los ataban.

En cuestión de luchas nada había que pudiera ocultársele a Kala Nag, la vieja y avisada Serpiente Negra porque más de una vez, en sus buenos tiempos, resistiera la embestida del tigre herido, y, enroscando la suave trompa para que quedara fuera de peligro, había lanzado al aire, de medio lado, a la fiera, en el momento de saltar, verificando esto con un rápido movimiento de cabeza, parecido al de una hoz al segar, e inventado por él mismo; habíala

Librodot

revolcado por el suelo y arrodillándose encima, manteniendo allí sus enormes rodillas hasta que la vida abandonara el cuerpo, acompañada de un suspiro y un rugido, y dejando sólo sobre la tierra una masa fofa y rayada, que Kala Nag arrastraba cogiéndola por la cola.

-Sí -dijo Toomai el mayor, su cornaca, el hijo de Toomai el Negro, que lo llevó a Abisinia, y nieto de Toomai el de los elefantes, que lo había visto coger-; nada hay que cause miedo a la Serpiente Negra excepto yo. Ha visto tres generaciones de nuestra familia que lo han alimentado y cuidado, y vivirá hasta llegar a ver la cuarta.

-También a mí me teme -dijo Toomai el chico, poniéndose de pie para mostrarse en toda su altura, de poco más de un metro, liado al cuerpo únicamente un trapo.

El primogénito de Toomai el mayor tenía diez años de edad, y, según la costumbre establecida, sustituiría a su padre en el sitio que éste ocupaba sobre el cuello de Kala Nag, cuando fuera mayorcito, empuñando entonces el pesado ankus de hierro, la aguijada para elefantes, cuya punta habían gastado ya con el uso su padre, su abuelo y su bisabuelo. Bien sabía el muchacho lo que decía; porque a la sombra de Kala Nag había nacido; con el extremo de su trompa jugaba antes de dar los primeros pasos; condújole al abrevadero en cuanto pudo andar, y tan imposible era que a Kala Nag se le antojara desobedecer sus chillonas vocecitas de mando, como que hubiera soñado, siquiera, en matarle, aquel día en que Toomai el mayor puso a su recién nacido y moreno niño bajo los colmillos de Kala Nag, diciéndole a éste que saludara a su futuro amo.

-Sí -dijo Toomai el chico-, me teme. Y dio largos pasos en dirección a Kala Nag, le llamó cerdo cebado y le hizo levantar las patas una tras otra-. ¡Vaya! -añadió-, eres un elefante enorme. -Y movió la desgreñada cabeza, repitiendo lo que le había oído decir a su padre-: Bien puede el Gobierno pagar por los elefantes; pero la verdad es que ellos son nuestros, son de los mahouts Cuando seas viejo, Kala Nag, vendrá algún rajah rico y te comprará al Gobierno, por el tamaño que tienes y por lo bien que te hemos educado, y entonces nada tendrás que hacer, como no sea llevar aretes de oro en las orejas, un pabellón de oro sobre la espalda y una tela roja a los lados, cubierta también de oro, abriendo así la marcha en las procesiones del Rey. Entonces, Kala Nag me sentaré yo sobre el cuello de vuestra merced, llevando un ankus de plata, y unos hombres correrán delante de nosotros con bastones dorados y gritando: «¡paso al elefante del Rey!»... Bueno será eso, Kala Nag; pero no tan bueno como nuestras cacerías por las selvas.

-¡Psche! -dijo Toomai el mayor-. No eres más que un chiquillo, y tan salvaje como un búfalo joven. Ese correr de un lado para otro por entre montañas no es el mejor de los servicios que prestamos al Gobierno. Yo voy envejeciendo ya, y no gusto de los elefantes salvajes. Que me den establos de ladrillo con un compartimiento para cada elefante; gruesas estacas para amarrarlos fuertemente; y llanos, anchos caminos para hacerles maniobrar, en vez de ese continuo ir y venir, acampando hoy en un sitio y mañana en otro. ¡Ah! ¡Los cuarteles de Cawnpore, sí que eran buenos! Pared por medio con ellos había un bazar, y sólo teníamos tres horas diarias de trabajo.

Acordóse Toomai el chico de los locales para elefantes en Cawnpore y nada contestó. A él le gustaba mucho más la vida de campamento, y odiaba esos caminos llanos, anchos; la diaria obligación de ir a forrajear en el sitio destinado a ello; las interminables horas en que nada había que hacer, como no fuera mirar a Kala Nag moviéndose impaciente, atado a sus estacas.

Lo que a Toomai el chico le encantaba era trepar por caminos difíciles, que sólo un elefante podía seguir; luego, el hundirse en el valle que se abría bajo sus pies;

el entrever allá, a lo lejos, los elefantes salvajes, paciendo a pocas leguas de distancia; la huida del jabalí asustado, o del pavo real, casi a los pies de Kala Nag; las lluvias calientes, que le ciegan a uno, cuando montes y valles humean todos; las hermosas mañanas de niebla en que nadie sabía aún dónde acamparía aquella noche; la constante, cautelosa persecución de

Librodot

los elefantes salvajes, y la loca carrera, las llamaradas y el barullo de la última noche de caza, cuando los elefantes acorralado se precipitaban dentro de la empalizada, como desprendidas peñas en algún hundimiento de terreno, y, al ver que no podía salir de allí, se arrojaban contra los pesados troncos, para no apartarse de ellos más que a fuerza de gritarles, de blandir llameantes antorchas y de disparar cartuchos cargados con pólvora sola.

Hasta un chiquillo podía ser allí útil, y Toomai lo era tanto que valía por tres. Empuñaba su antorcha y la agitaba en el aire, gritando de tal modo que pocos le aventajaban. Pero el mejor tiempo era aquél en que empezaban a sacarse fuera los elefantes, y la *keddah* (o sea la empalizada) parecía un cuadro en que estuviera pintado el fin del mundo, tendido sobre los hombros el pelo castaño, requemado, desteñido por el sol hasta hacerlo blanquear, en todo semejante el rapaz a un duende iluminado por las llamas de las antorchas; y, en cuanto se apaciguaba algo el tumulto, podía oírse las chillonas voces con que animaba a Kala Nag, dominando

bramidos, crujidos, chasquear de cuerdas y gruñir de los atados elefantes.

-¡Maîl, Maîl, Kala Nag! (¡Sigue, sigue, Serpiente Negra!) ¡Dant do! (¡Dale con el colmillo!) ¡Somalo! ¡Somalo!(¡Cuidado! ¡Cuidado!) ¡Maro!¡Mar! (¡Duro! ¡Duro con él!) ¡Cuidado con el poste! ¡Arre! ¡Arre! ¡Hai! ¡Yai! ¡Kya-a-ah!-gritaba el muchacho, y la gran lucha entre Kala Nag y el elefante salvaje era sostenida tan pronto en un lado como en otro, dentro de la empalizada, y los cazadores de elefantes se enjugaban el sudor que les caía por los ojos, no olvidándose de dirigir un saludo de aprobación a Toomai el chico, que bailaba de alegría sobre el extremo de los troncos.

Pero algo más que bailar hizo. Dejóse resbalar una noche del tronco en que estaba, y se mezcló entre los elefantes, para arrojarle el cabo de una cuerda, caída en el suelo, a uno de los cazadores que intentaban lanzarla a la pata de uno de los elefantes más jóvenes, mientras éste coceaba (siempre los pequeños dan más trabajo que los ya crecidos). Violo Kala Nag, cogiólo con la trompa y se lo pasó a Toomai el mayor, el cual le dio algunos pescozones y volvió a colocarlo sobre el tronco.

A la mañana siguiente le riñó, diciéndole:

-¿No te basta con tener buenos establos de ladrillo para los elefantes y con acarrear tiendas de un lado a otro, que ahora necesitas ponerte a coger elefantes por tu propia cuenta, como un perdido? Para que lo sepas, los cazadores, esos locos, que tienen menos salario que yo, le han hablado ya del asunto a Petersen Sahib.

Toomai el chico tuvo miedo. No sabía mucho acerca de los hombres blancos; pero, a Petersen Sahib se lo imaginaba como el más grande de todos los de este mundo. Era el jefe de las operaciones de la *keddah*: el encargado de coger elefantes para el Gobierno de la India, y el que estaba mejor enterado que nadie de sus costumbres.

-Y ¿qué es... qué es lo que ocurrirá?

-¿Lo que ocurrirá? Lo peor. Petersen Sahib es un loco. ¿Crees tú que si no lo fuera iría a caza de esos diablos? Es posible que se le ocurra hasta el emplearte a

ti como cazador de elefantes, y hacerte dormir en cualquier parte de esas selvas que están llenas de fiebres, para que, al fin, te pateen, hasta matarte, en la *keddah*. Afortunadamente, todas estas bromas terminan ahora, sin accidentes que lamentar. La semana próxima se acaba la cacería, y a nosotros, la gente del llano, nos mandan otra vez a nuestros puestos. Entonces, podremos andar por buenos caminos, y olvidaremos todas estas cosas. Pero, hijo mío, me duele que te mezcles en un asunto que está reservado a esas sucias gentes de la selva que se llaman asameses. Kala Nag no obedece a nadie más que a mí, y por lo tanto, veome yo obligado a ir con él a la *keddah*, pero él no es más que un elefante de combate, y no ayuda a atar a los demás. Por eso, y permanezco sentado con toda comodidad, como le corresponde a un mahout (y no a un mero cazador); a un mahout, digo, a un hombre que disfrutará de una pensión al terminar el servicio. ¿Te parece si la familia de Toomai, el de los elefantes, merece

que la pisoteen entre el polvo de una *keddah*? ¡Mal hijo! ¡Pillo! ¡Perdido! Anda, y lava a Kala Nag, límpiale las orejas, y mira que no tenga espinas en las patas, o de lo contrario, entonces sí que, con toda seguridad, te coge Petersen Sahib y hace de ti un cazador medio salvaje... un ojeador de elefantes; uno de esos que siguen sus huellas, un oso de la selva. ¡Oh! ¡Qué vergüenza! ¡Márchate de mi vista!

Alejóse Toomai el chico sin decir palabra; pero le contó a Kala Nag sus penas, mientras estaba examinándole las patas.

-¡No importa! -dijo el muchacho, levantándole la punta de la oreja derecha-. Le han dicho mi nombre a Petersen Sahib, y tal vez... tal vez... tal vez... ¿quién sabe...? ¡Hola! ¡Mira qué espina tan grande te he arrancado!

Los primeros días que siguieron a aquél se emplearon en juntar a todos los elefantes; en obligar a caminar a los salvajes, que acababan de ser cogidos, entre otros dos que estaban ya domesticados, a fin de que no dieran luego tanto que hacer al emprender la marcha descendiente hacia los llanos; finalmente en recoger mantas, cuerdas y otras cosas, que quedaron estropeadas o se habían perdido en el bosque.

Llegó Petersen Sahib montado en su diestro elefante hembra llamado Pudmini. Había visitado ya otros de los campamentos, situados entre los montes, para verificar los pagos, porque la estación tocaba a su fin, y bajo un árbol sentado a una mesa, veíase a un dependiente suyo, indígena, que iba entregando a los cazadores, uno por uno, sus salarios. En cuanto había cobrado, volvíase cada hombre al lado de su elefante, y se juntaba a la fila que estaba próxima a partir. Los ojeadores, cazadores y domadores, los hombres empleados constantemente en la *keddah*, que de cada dos años pasan uno en la selva, iban sentados sobre los elefantes que formaban parte de las fuerzas permanentes de Petersen Sahib, o se recostaban contra los árboles con el fusil al brazo, burlándose de los cornacas que se iban, y riendo cuando los elefantes recién cazados rompían las filas y comenzaban a correr.

Toomai el mayor dirigióse al dependiente que arreglaba las cuentas, llevando detrás de él a Toomai el chico, y Machua Appa, el jefe de los ojeadores, dijo en voz baja a uno de sus amigos:

-¡Ahí va uno que sirve de veras para cazar elefantes! ¡Qué lástima que a ese gallito de la selva lo manden ahora a mudar la pluma allá en los llanos!

Pues bien, tenía Peterse Sahib finísimo el oído como corresponde a un hombre avezado a escuchar al más silencioso de todos los seres vivientes: el elefante salvaje, y dio media vuelta sobre el lomo de Pudmini, donde estaba echado, preguntando:

-¿Qué estáis diciendo? No sabía que entre los cornacas del llano hubiera ninguno que sirviera ni para atar a un elefante muerto.

-No hablamos de un hombre, sino de un niño. Se metió en la *keddah*, durante la última cacería, y le arrojó la cuerda a Barmao cuando queríamos separar de la madre aquel elefante joven que tiene una pústula en el hombro.

Señaló Machua Appa hacia el sitio donde estaba Toomai el chico, miró Petersen Sahib, y el muchacho saludó hasta tocar el suelo.

-¿Él, arrojar una cuerda? Si es más pequeño que una estaca. ¡Chiquillo! ¿Cómo te llamas?-dijo Petersen Sahib. Estaba Toomai el chico demasiado asustado para hablar; pero a su esapalda tenía a Kala Nag, y Toomai le hizo una seña, por lo cual el elefante lo cogió con la trompa, levantándolo a la altura de la cabeza de Pudmini, frente a frente del gran Petersen Sahib. Toomai el chico cubrióse en aquel momento la cara con las manos, porque, al fin y al cabo, no era más que un chiquillo, y, excepto para todo lo concerniente a elefantes, era tan tímido como pudiera serlo cualquier otro muchacho.

-¡Ah! -dijo Petersen Sahib, sonriéndose-, ¿y por qué le has enseñado a tu elefante a hacer esto? ¿Para que te ayudara a robar el trigo verde, puesto a secar sobre el techo de las casas?

-Trigo verde, no. Protector de los pobres... melones, sí -contestó el rapaz, y, al oírlo, cuantos hombres había allí prorrumpieron en ruidosa carcajada. En su infancia, la mayor parte de ellos había enseñado a hacer lo mismo a sus elefantes. Toomai el chico estaba

como colgado en el aire a la altura de dos metros y medio; pero hubiera querido, en aquel momento, estar a igual profundidad bajo tierra.

-Es Toomai, mi hijo, Sahib -dijo Toomai el mayor frunciendo el entrecejo-. Es un chiquillo muy malo que acabará en presidio, Sahib.

-¡Oh! Lo que es eso, lo dudo -contestó Petersen Sahib-. El muchacho que se atreve, a su edad, a meterse en una keddab en pleno, no va a parar a ningún presidio. Mira, chiquillo, ahí tienes cuatro annas para gastar en dulces, porque veo que bajo ese montón de greñas se esconde realmente una cabecita. Con el tiempo, podría ser que también tú llegaras a ser un excelente cazador.

Toomai el mayor frunció las cejas con más fuerza que nunca.

-Acuérdate, sin embargo, de que las *keddah*s no son sitio adecuado para que los niños jueguen allí -continuó Petersen Sahib.

-¿Y no me permitirán ir a ellas, Sahib? -preguntó Toomai el chico, con hondo suspiro.

-Sí -y Petersen Sahib sonrió de nuevo-. Cuando hayas visto bailar a los elefantes. Entonces será el momento oportuno. Lo que es cuando los hayas visto

bailar ven a encontrarme, y te dejaré entrar en todas las *keddah*s.

Hubo entonces otra explosión de carcajadas porque era aquélla una de las bromas que usan los cazadores de elefantes, y equivale, precisamente, a decir nunca. Hay, escondidos en los bosques, grandes llanos claros que se llaman salones de baile de los elefantes; pero hasta el hallarlos no es más que una pura casualidad, y no hay hombre que haya visto nunca cómo los elefantes bailan allí. Cuando un cornaca alaba demasiado su propia habilidad y valor, suelen decirle los otros:

-¿Y cuándo fue que viste bailar a los elefantes?

Puso Kala Nag en el suelo a Toomai el chico, éste volvió a saludar profundamente; marchóse su padre, dio la pieza de cuatro annas a su madre, que criaba a un hermanito del muchacho; subieron todos sobre el lomo de Kala Nag; y la fila de elefantes, gruñendo y dando agudos gritos, bajó, por un atajo de la montaña, hacia la llanura. Fue la marcha sumamente animada, porque los elefantes nuevos suscitaban grandes dificultades a cada vado, y había que acariciarlos o pegarles continuamente.

Toomai el mayor aguijoneaba a Kala Nag con aire de despecho, pues estaba de malísimo humor; pero Toomai el chico sentase tan feliz que ni tenía ganas de hablar. Petersen Sahib se había fijado en él, habíale dado dinero, y, como consecuencia, experimentaba el muchacho la misma impresión de un soldado raso a quien hubieran hecho salir de las filas para recibir los elogios del general en jefe.

-¿Qué quería decir Petersen Sahib con aquello del baile de los elefantes? -dijo, por fin, en voz baja, dirigiéndose a su madre.

Oyólo Toomai el mayor, y refunfuñó:

-Que no has de ser nunca uno de esos búfalos montañeses que se llaman ojeadores. Eso es lo que quería decir. ¡Eh! ¡Vosotros! ¡Ahí delante! ¿Qué es lo que nos cierra el paso?

Volvióse en redondo, con mal humor, un cornaca asamés, que iba a la distancia de dos o tres elefantes delante de él, y gritó.

-Trae a Kala Nag, y haz obedecer a este elefante mío. ¡No sé por qué Petersen Sahib ha tenido que escogerme a mí para ir con vosotros, burros de los arrozales! Pon de lado a tu animal, Toomai, y déjale que empuje con los colmillos. ¡Por todos los dioses de las montañas te juro que esos elefantes tienen los diablos en el cuerpo, u olfatean a sus compañeros de la selva.

Librodot

Pególe Kala Nag en las costillas al elefante nuevo y le metió el resuello en el cuerpo, mientras Toomai el mayor decía:

-En la última cacería hemos limpiado de elefantes salvajes todas las montañas. Lo que hay es que conducís muy mal. ¡A ver si queréis que conserve yo el orden en toda la fila!

-Pero ¿no oís lo que dice? -contestó el otro cornaca-. ¡Hemos limpiado de elefantes las montañas...! Lo que es vosotros, hombres del llano, sois muy sabios. Cualquiera que no sea una de esas cabezas vacías que nunca han visto la selva, sabe que ellos ya están enterados de que las cacerías han terminado para toda la temporada actual. Por lo tanto, esta noche, todos los elefantes salvajes... pero ¿a qué perder el tiempo enseñándole lo que yo sé a esa tortuga de río...?

-¿Que esta noche los elefantes... qué? -gritó Toomai el chico.

-¡Hola, muchacho! ¿Estás tú ahí? Bueno, pues a ti te lo diré, porque tú tienes la cabeza bien organizada. Esta noche bailarán, y valdría más que tu padre, que ha limpiado de elefantes todas las montañas, doblara el número de cadenas que se atan a las estacas.

-¿Qué estás ahí charlando? Cuarenta años hace que entre mi padre y yo hemos cuidado elefantes y nunca hemos oído esos cuentos de que sea verdad que bailen.

-Sí, pero un hombre del llano, que vive en su barraca, no conoce más que las cuatro paredes de esa barraca. ¡Bueno! Deja libres a tus elefantes esta noche, y verás lo que ocurre. En cuanto al baile, yo he visto donde... ¡Bapree Bap! ¿Cuántos recodos más tiene este río Dihan? Aquí hay otro vado, y ahora tendremos que hacer nadar a los pequeños. ¡Paraos, los que venís detrás!

Y por ese estilo, hablando, y disputando, y chapoteando en el río, verificóse la primera marcha hacia una especie de campamentos en que se recibían los elefantes nuevos; pero, mucho antes de llegar allí, habían ya perdido cien veces la paciencia sus conductores.

Luego, los elefantes fueron sujetados por las patas traseras por medio de cadenas fijas a las estacas, añadiéndose, además, a los nuevos, un refuerzo de cuerdas; se les puso delante un montón de forraje; y los cornacas montañeses regresaron, para juntarse a Petersen Sahib, aprovechando las últimas horas de la claridad de la tarde, y encargando a los comacas del llano que tuvieran más cuidado aquella noche, riéndose cuando éstos les preguntaron el motivo.

Toomai el chico cuidó de la comida de Kala Nag, y luego, como oscureciera ya, comenzó a vagar por el campamento, poseído de inefable alegría, buscando un tantán. Cuando un muchacho indio siente que su corazón rebosa felicidad, no corretea de un lado a otro ni hace ruido de un modo irregular. Siéntase solo y se regala a sí mismo con una especie de fiesta: ¡Y a Tommai el chico le había hablado nada menos que Petersen Sahib! Si no hubiera podido hallar lo que buscaba, la misma alegría contenida tal vez le hubiera causado la muerte. Pero el vendedor de dulces que había en el campamento le prestó un tantán, una especie de tamboril que se tocaba dándole con la palma de la mano, y entonces él sentóse, cruzadas las piernas, frente a Kala Nag mientras en el cielo iban apareciendo las estrellas. Con el tantán sobre sus rodillas, estuvo toca que toca, y cuanto más pensaba en el grandísimo honor que se le había dispensado, más tocaba, solo, completamente solo, entre el forraje de los elefantes. No había en su música melodía alguna ni palabras; pero tocando el tamboril se sentía feliz.

Los elefantes nuevos tiraban de las cuerdas, daban gritos o bramidos de cuando en cuando, y a ratos podía él oír también a su madre, allá en la barraca del campamento, que adormecía a su hermanito cantándole una antigua, muy antigua canción sobre el gran dios Siva, que indicó una vez a todos los animales lo que debían comer. Es una cancioncilla muy corriente cuyas primeras estrofas dicen:

Siva, que manda al hombre las cosechas y hace que sople el viento,

sentado en el umbral de un claro día, ha de ello mucho tiempo, repartió su porción a cada uno,

de pan, trabajo y duelos,
desde el Rey, que en el guddee se reclina, al pobre pordiosero.
Hízolo todo Siva, el que protege, sí todo, ¡Mahadeo!
dio el espino al camello, al buey forraje, y a ti, mi niño, por cojín mi pecho.

Acompañó Toomai el chico cada estrofa con un alegre tamborileo al terminarse, hasta que él mismo sintió sueño y se tendió sobre el forraje, al lado de Kala Nag.

Al fin, los elefantes comenzaron a echarse, uno tras otro, según su costumbre, hasta que sólo Kala Nag quedo en pie a la derecha de la fila, y, entonces, balanceóse suavemente, con las orejas hacia adelante, para prestar oído a los rumores que llevara el viento de la noche, al soplar blandamente por entre las montañas. El aire venía impregnado de aquellos ruidos nocturnos que, juntos, producen un solo e inmenso silencio: el golpear de un bambú contra otro; el correr de algo vivo por entre los matorrales; el arañar y los ahogados chillidos del pájaro medio despierto (los pájaros se despiertan de noche con mucha más frecuencia de lo que nosotros imaginamos); y el caer del agua, allá lejos, muy lejos. Toomai el chico durmió durante algún tiempo, y, al despertar, la luna brillaba ya en toda su fuerza, y Kala Nag estaba aún de pie con las orejas hacia adelante. Volvióse Tommai el chico, haciendo crujir el forraje, y observó la curva del enorme lomo proyectándose contra el fondo del cielo y contra la mitad de las estrellas que en él había; pero mientras observaba esto, oyó, tan lejos que dijérase que aquel gran silencio lo atravesaba sólo la punta de un alfiler, el húut-túut, el grito parecido al sonar de un cuerno de caza, que lanzaba un elefante salvaje.

Cuantos elefantes había en las filas saltaron como si les hubieran disparado un tiro, y sus gruñidos despertaron, al fin, a los mahouts, que salieron y comenzaron a dar mazazos sobre las estacas con enormes mazos, ataron mejor unas cuerdas e hicieron nudos en otras, hasta que volvió a quedar tranquilo. Uno de los elefantes nuevos, casi había arrancado su estaca, y Toomai el mayor le quitó a Kala Nag la cadena que llevaba sujeta a una pata, y con ella ató las posteriores del otro elefante a las anteriores; pero le pasó a Kala Nag, en el sitio donde había estado la cadena, un lazo hecho de fibras retorcidas, y díjole que se acordaba de que quedaba bien atado. Centenares de veces habían dicho lo mismo, con buen resultado, su padre y su abuelo. Kala Nag no contestó a aquella orden con su glu-glu habitual. Continuó de pie, mirando a lo lejos, a favor de la luz clarísima de la luna, algo levantada la cabeza y extendidas las orejas como abiertos abanicos en dirección a los grandes repliegues que forman las montañas de Garo.

-Observa si le aumenta la intranquilidad, más entrada la noche -dijo Toomai el mayor al chico, y después de esto fuese a la barraca y durmióse.

Iba ya a dormirse también Toomai el chico, cuando oyó que la cuerda de fibra de coco se rompía, produciendo leve, casi metálico ruido; y Kala Nag avanzó, desde el sitio en que estaban las estacas, tan pausada y silenciosamente como nube que se desliza fuera de la embocadura de un valle. Corrió Tommai el chico detrás de él, descalzos los pies, por el camino, que bañaba la luz de la luna, y en voz muy baja le dijo:

-¡Kala Nag! ¡Kala Nag! ¡Llévame contigo, Kala Nag! Volvióse el elefante sin producir el menor ruido, dio tres largos pasos hacia el muchacho, bajó la trompa, se le montó en el cuello y, casi sin dar a Toomai el tiempo preciso de colocar bien las piernas, se deslizó hacia el bosque.

Vino, entonces, de las filas de elefantes como una ráfaga de furiosos bramidos; luego volvió a reinar el silencio sobre las cosas, y Kala Nag comenzó la marcha. Algunas veces un montón de hierbas altas le acariciaba los costados como una ola acaricia los de un barco, y otras un colgante racimo de pimienta silvestre le arañaba el lomo, o un bambú se quebraba por el sitio donde él lo había tocado con el hombro; pero en los intervalos avanzaba sin producir absolutamente rumor alguno, resbalando como el humo a través del espeso bosque

Librodot

de Garo. Iba monte arriba; pero, aunque Toomai el chico mirara a las estrellas por entre los claros de los árboles, no podía decir en que dirección.

De pronto, Kala Nag llegó a la cima de la pendiente, y se paró por un momento durante el cual pudo ver Toomai el chico las copas de los árboles como manchas, o como grandes pieles tendidas a la luz de la luna, en el espacio de infinidad de lenguas de terreno, y la niebla, de un color blanco azulado, flotando sobre el río, allá en la hondonada. Apoyóse Toomai en el cuello del elefante, y, recostado, miró sintiendo que todo el bosque velaba allá abajo, que todo él velaba, y vivía, y estaba lleno de multitud de seres. Un enorme y pardo murciélago de los que se alimentan de frutos pasó rozándole una oreja; las púas de un puerco espín sonaron, chocando unas contra otras en la espesura; y allá en la oscuridad, entre los troncos de los árboles, oyó a un jabalí hozando en la tierra, húmeda y tibia, y oliendo, resoplando al hacerlo.

Luego volvieron a cerrarse las ramas sobre su cabeza, y Kala Nag comenzó a bajar hacia el valle, no suavemente, como antes, sino como cañón que se soltara por empinado terraplén: de una sola embestida. Movíanse los enormes músculos con la rapidez de émbolos, abarcando a cada paso la distancia de unos dos metros y medio, y la arrugada piel de la espaldilla crujía sobre la punta de los huesos. A cada lado del elefante se abría violentamente la maleza, con un ruido como el de rajado cañamazo, y los retoños que apartaba a derecha e izquierda con los hombros saltaban de nuevo hacia él, pegándole en los costados, mientras grandes colgajos de enredaderas, mezcladas en montón, pendían de sus colmillos al mover él la cabeza hacia uno y otro lado, abriéndose camino. Entonces, Toomai el chico tendióse, bien apretado contra el ancho cuello para que alguna de las ramas que se balanceaban no lo arrojara al suelo, y, en su interior, se dijo que ojalá no se hubiera movido del sitio donde se hallaban los otros elefantes.

La hierba empezaba a estar húmeda; las patas de Kala Nag se hundían al pisar, y la neblina de la noche helaba a Toomai el chico. Oyóse un chapoteo; luego ruido de agua corriente, y Kala Nag entró a grandes pasos en el lecho de un río, tanteando a cada zancada el camino que había de seguir. Dominando el rumor del agua que se arremolinaba en torno de las piernas del elefante, podía oír Toomai el chico más chapoteos y algunos bramidos, que venían tanto de uno como de otro extremo del río, grandes gruñidos y ronquidos de cólera; y toda la neblina que flotaba en el aire parecía estar llena de movibles, vacilantes sombras.

-¡Ah! -dijo a media voz y dando diente contra diente-. todo el pueblo de los elefantes se ha echado fuera esta noche. Realmente, va a haber, pues, baile.

Salió Kala Nag del río con estrépito; hizo sonar la trompa, soplando para limpiarla del agua, y comenzó a subir por otra cuesta; pero esta vez no iba solo, ni tenía que abrirse camino; estaba ya abierto, y con una anchura de cerca de dos metros, frente a él, donde la hierba de la selva probaba a erguirse nuevamente. Por aquel sitio debían de haber pasado, poco minutos hacía, innumerables elefantes. Miró hacia atrás Toomai el chico, y a su espalda, uno salvaje, de enormes colmillos, con los ojuelos de cerdo brillándole como ascuas, salía del río entre la neblina. Luego, volvió a cerrarse el ramaje de los árboles, y siguieron adelante, subiendo, entre bramidos frecuentes y el estallido de las ramas que se rompían a su paso.

Al fin, Kala Nag se paró junto a dos troncos de árboles, en la cumbre misma de la montaña. Formaban aquéllos parte de un grupo que se elevaba alrededor de un espacio irregular de unas ciento cincuenta áreas, y, en todo este espacio, pudo ver Toomai el chico que la tierra había sido apisonada hasta quedar dura como un ladrillo. En el centro de aquel claro crecían algunos árboles; pero su corteza había desaparecido por algún roce, y la madera blanca que quedaba al descubierto aparecía brillante, y como pulimentada a trechos a la luz de la luna. De las ramas más altas colgaban enredaderas cuyas flores, en forma de campanillas, grandes, blancas, como de cera, y semejantes a clemátides, colgaban también, profundamente dormidas; pero, dentro de los límites del claro aquel, no crecía ni un solo tallo de hierba: nada había más que la tierra apisonada.

Librodot

La luna daba a ésta un color gris de hierro, excepto donde se veían, de pie, algunos elefantes, cuya sombra era negra como tinta. Miró Toomai el chico, reteniendo el aliento, con los ojos que se le saltaban de las órbitas, y, mientras miraba, más y más elefantes salían, balanceándose, de entre los árboles, y penetraban en aquel espacio abierto. No sabía Toomai el chico contar más que hasta el número diez, y contó, entonces, y volvió a contar, con los dedos, hasta que perdió la cuenta de tantos dieces, y la cabeza comenzó a darle vueltas. Fuera del claro, oía los chasquidos de la maleza al romperse, cuando pasaban los elefantes, subiendo por la montaña; pero, en cuanto estaban dentro del círculo que formaban los troncos de los árboles, se movían como si no fuera más que sombras.

Había allí muchos salvajes, de blancos colmillos, con hojas, frutos y ramitas que se les habían quedado entre las arrugas del pescuezo o los pliegues de las rejas; gruesas hembras de pesado andar, con inquietos pequeñuelos, de un color negro algo rosado, que no medían más que cosa de un metro de altura y correteaban por debajo del vientre de aquellas; elefantes jóvenes, cuyos colmillos apuntaban apenas, y que se sentían ya muy orgullosos de tenerlos; hembras flacas, demacradas, que se habían quedado solteronas, con caras ansiosas, hundidas, y trompas que parecían ásperas cortezas; salvajes y viejos elefantes luchadores, cubiertos de cicatrices desde la paletilla hasta el costado, con grandes verdugones y mal cerradas heridas de las pasadas luchas, y el barro de sus solitarios baños colgando, endurecido, a cada lado de los hombros; y uno había, finalmente, con un colmillo roto y las señales, el terrible vaciado que deja en la piel la garra del tigre.

Estaban todos de pie, frente a frente: caminaban de un lado a otro por aquel pedazo de terreno, de dos en dos, o se mecían solitarios... y había allí docenas y más docenas de elefantes.

Sabía Toomai que mientras él estuviera acostado y bien quieto sobre el cuello de Kala Nag, nada le ocurriría; porque, hasta en las embestidas y luchas de una *keddah*, ningún elefante salvaje coge con la trompa a un hombre para desmontarlo del cuello de un elefante domesticado; y, además, aquéllos ni se acordaban siquiera de los hombres, en tal noche. Por un momento se pusieron alerta con las orejas hacia adelante, al oír sonar unos hierros en el bosque; pero era Pudmini, el elefante mimado de Petersen Sahib, que había arrancado por completo su cadena y llegaba gruñendo, resoplando, montaña arriba. De fijo que habría roto sus estacas y se habría ido en derechura hacia aquel sitio, desde el campamento de Petersen Sahib. Toomai el chico vio también otro elefante, uno que no conocía, con hondas desolladuras en la piel de los lomos y del pecho, causada por unas cuerdas. Quizá se habría escapado de algún campamento situado entre las montañas.

Al fin, no se. oyeron ya, en el bosque, más ruidos de elefantes, y Kala Nag avanzó, desde el sitio en que estaba parado entre los árboles, hasta el centro del grupo, produciendo una especie de raro cloqueo acompañado de susurros guturales, tras de los cual todos los elefantes empezaron a moverse y hablar en su lenguaje.

Echado aún como estaba, vio Toomai el chico centenares de anchos dorsos, orejas balanceándose, trompas que se movían, y ojillos que rodaban en sus cuencas. Oyó el golpear de los colmillos chocando casualmente unos con otros; el seco rozar de las trompas enlazadas; el de los enormes costados y espaldillas en medio de aquella muchedumbre, y el incesante chasquido o zumbido de las grandes colas. Luego, una nube pasó por delante de la luna, y él se quedó en la más completa oscuridad; pero el callado rozar, empujar y producir sordos ruidos guturales continuó del mismo modo. Sabía el muchacho que en torno de Kala Nag había multitud de elefantes, y que no exista la menor probabilidad de sacarle de aquella asamblea; así pues, apretó los dientes... y se echó a temblar. Por lo menos en una *keddah* había luz de antorchas y gritería; pero aquí se hallaba completamente solo y a oscuras, y hubo un momento en que sintió junto a una rodilla el contacto de una trompa.

Después bramó un elefante y todos se pusieron a imitarle por espacio de cinco o diez terribles segundos. El rocío cayó desde los árboles como lluvia sobre las invisibles espaldas, y comenzó a oírse un ruido sordo, muy bajo al principio, y que Toomai el chico no adivinaba de dónde provenía o lo que significaba; pero creció y creció, y Kala Nag levantó una de sus patas delanteras, después la otra, y las dejó caer sobre el suelo (¡una, dos! ¡una, dos!...) con tanta fuerza como si fueran gruesos martillos de herrería. Los elefantes pateaban, ahora, todos a la vez, y el ruido sonaba como tambor de guerra que alguien tocara a la boca de una caverna. Siguió el rocío cayendo de los árboles hasta que no quedó ya más; el estruendo continuó; la tierra retemblaba, y Toomai el chico tapóse los oídos con las manos para amortiguar el ruido. Pero aquel golpetear de centenares de pesadas patas sobre la desnuda tierra era tan gigantesco, desapacible y repetido, que le parecía que todo su cuerpo vibraba por entero. Una o dos veces sintió como Kala Nag y todos los demás elefantes se adelantaban algunos pasos, y el ruidoso pisar se convertía en rumor de cosas verdes, tiernas y jugosas, que eran aplastadas; pero, un minuto o dos más tarde, el violento moverse de las patas sobre la dura tierra comenzaba de nuevo. Crujía, y parecía quejarse, un árbol, a poca distancia de él. Alargó el brazo y tocó la corteza; pero Kala Nag siguió adelante, pateando aún, y no pudo él darse cuenta del sitio en que se hallaba. Ninguno de sus acostumbrados sonidos producían los elefantes, excepto una vez, cuando dos o tres de los más jóvenes chillaron al mismo tiempo. De pronto, oyó como un pesado golpe, luego rumor de confusión y desorden, y el patear continuó. Debió de durar dos horas bien cumplidas, y a Toomai el chico dolíanle ya todos los nervios del cuerpo; pero por el olor característico del aire de la noche adivinaba la proximidad de la mañana.

Rayó el alba, tendiendo un manto de amarillo claro por detrás de las montañas, y, con el primer rayo de luz, paróse el estruendo como a un mandato. Antes de que a Toomai el chico hubieran dejado de zumbarle los oídos, y hasta antes de que hubiera tenido tiempo de cambiar de posición, no quedó ya ningún elefante a la vista, excepto Kala Nag, Pudmini y el que mostraba las desolladuras producidas por las cuerdas; y no observó el más leve signo, ni roce o murmullo en las vertientes de los montes que indicara adónde habían ido los otros compañeros.

Miró fijamente Toomai el chico una y otra vez. El claro aquel, por lo que él recordaba entonces, había aumentado durante la noche. En el centro veíanse más árboles; pero la maleza y la hierba, a los lados, habían retrocedido. Toomai el chico volvió a mirar atentamente. Ahora comprendía el continuo pisotear. Los elefantes habían agrandado el sitio pateándolo todo: las espesa hierba y los jugosos juncos de Indias habían sido convertidos, primero, en una masa inmunda; luego la masa en tiras; las tiras en fibras delgadísimas, y las fibras, al fin, en dura tierra.

-¡Ah!-dijo Toomai el chico, sintiendo que los ojos se le cerraban-. Kala Nag, señor mío, juntémonos con Pudmini y vamos al campamento de Petersen Sahib, porque, si no, me caigo de tu cuello al suelo.

Miró al tercer elefante alejarse junto a los otros dos; resopló, dio media vuelta, y siguió, solo, su dirección propia. Debía de pertenecer a alguno de los reyezuelos indígenas, que estaría a diez, veinte o treinta leguas de distancia.

Dos horas más tarde, mientras Petersen Sahib se desayunaba, los elefantes, que habían sido atados aquella noche con dobles cadenas, comenzaron a dar grandes bramidos y Pudmini, llena de barro hasta los hombros, acompañada de Kala Nag, que tenía las patas muy doloridas, entró bamboleándose en el campamento.

La carita de Toomai el chico estaba casi gris de tan pálida, y muy hundida, llevando el muchacho el pelo lleno de hojas y empapado de rocío; pero, haciendo un esfuerzo, saludó a Petersen Sahib y gritó con apagada voz:

-¡El baile...! ¡El baile de los elefantes...! ¡Yo lo he visto... y... me estoy muriendo...!

Y como Kala Nag se echara, resbaló de él desde el cuello, presa de mortal desmayo.

Pero como los niños indígenas no tienen nervios, o no vale la pena de hablar de los que tengan, al cabo de dos horas estaba ya acostado, muy contento, en la hamaca de Petersen Sahib, con el capote de caza perteneciente a éste bajo la cabeza, y en el estómago un vaso de leche caliente, un poco de brandy y una pequeña dosis de quinina; y mientras los viejos cazadores de las selvas, velludos y cubiertos de cicatrices, estaban sentados, a tres en fondo, delante de él, mirándolo como si fuera un aparecido, refirió el muchacho lo que tenía que contar, en breves palabras, como hacen los niños, y terminó con las siguientes:

-Ahora, si hay algo de lo que he dicho que os parezca mentira, mandad hombres para que lo vean, y hallarán que el pueblo de los elefantes ha apisonado un espacio mucho mayor que el que existía en un salón de baile, y hallarán, también, diez... y diez... y muchas veces diez pistas que conducen a este salón. Ensancharon el sitio con las patas. Yo lo he visto. Kala Nag me llevó, y yo lo vi. También Kala Nag tiene muy cansadas las piernas.

Tendióse Toomai el chico, durmió durante toda la tarde, hasta que llegó el anochecer, y, mientras dormía, Petersen Sahib y Machua Appa siguieron la pista de los dos elefantes, durante cuatro o cinco leguas, a través de los montes. Había pasado Petersen Sahib dieciocho años cazando elefantes, y sólo un salón de baile como aquél había visto con anterioridad.

No tuvo que dar Machua Appa más que una ojeada al claro para ver lo que había hecho allí, ni necesitó arañar más que una vez con el dedo del pie la tierra compacta, apretada.

-Verdad es lo que habla el muchacho -dijo-. Todo esto se hizo ayer noche, y yo he contado setenta pistas diferentes que cruzaban el río. ¡Mirad, Sahib, cómo los hierros de Pudmini cortaron la corteza de este árbol! Sí; también estaba en la reunión.

Miráronse uno a otro, de arriba abajo, pasmados, porque las cosas de los elefantes exceden en profundidad a cuanto puede imaginar cualquier hombre, sea blanco o negro.

-Cuarenta y cinco años ha -dijo Machua Appa -, que sigo a los señores elefantes; pero nunca que hombre alguno de mujer nacido viera lo que ha visto este muchacho. Por todos los dioses de las montañas os digo que esto es... ¿cómo podremos llamarlo...? y, sin acabar la frase, limitóse a sacudir la cabeza.

Cuando estuvieron de vuelta en el campamento era ya la hora de la cena. Comió Petersen Sahib solo, en su tienda; pero dio orden de que a su gente, allí acampada, se le dieran dos corderos y algunos pollos, además de doble ración de harina, arroz y sal, porque era imprescindible algo de banquete.

A paso más que regular había llegado Toomai el mayor del otro campamento, en la llanura, yendo en busca de su hijo y de su elefante, y, al hallarlos, los contempló a uno y otro de tal modo que no parecía sino que le causaban miedo. Celebróse una fiesta, junto a las llameantes hogueras, frente a las filas de atados elefantes, siendo Toomai el chico el héroe de ella; y los grandes cazadores, los ojeadores, comacas y laceros, los hombres que conocían los secretos para domar los más bravos elefantes, se lo pasaron de uno a otro, y marcaron su frente con sangre tomada del pecho de un «gallo de la selva» recién muerto, queriendo indicar con esto que era un habitante de los bosques, un iniciado y libre por lo tanto, en toda la extensión que abarcan las selvas.

Al fin, cuando las llamas empezaron ya a apagarse y la roja luz de los tizones daban a los elefantes tal aspecto que no parecía sino que también ellos estuvieran empapados en sangre, Machua Appa, el jefe de todos los cornacas de todas las *keddahs*, Machua Appa, el alterego de Petersen Sahib, que por espacio de cuarenta años no había visto un camino hecho por manos de hombres; Machua Appa, cuya grandeza era tanta que nadie sabía que tuviera otro nombre más que el de Machua Appa, saltó, y, poniéndose de pie levantando en el aire, por encima de su cabeza, a Toomai el chico, gritó:

-Oídme, hermanos míos. Oídme también vosotros, señores, señores míos que estáis ahí en las filas; ¡soy yo, Machua Appa, quien os habla! Este pequeñín no se llamará ya de aquí en

Librodot

adelante Toomai el chico, sino Toomai el de los elefantes, como antes que a él se llamó ya a su bisabuelo. Lo que jamás vio hombre alguno lo ha visto él durante toda una noche, porque es el favorito del pueblo de los elefantes, y, al par, de los dioses de todas las selvas, que con él están. Llegará a ser un gran dios ojeador; llegará a ser más grande que yo mismo, más que yo mismo: Machua Appa. Sabrá seguir la pista reciente, y la medio borrada, y la mixta, con ojo seguro. Ningún daño recibirá en la *keddah* cuando corra por debajo de los elefantes salvajes para atarlos, y si por casualidad resbalara y cayera frente a un elefante feroz, en el momento de embestir éste, sabiendo la fiera quién es él no se atreverá a aplastarlo. ¡Aíhaí! señores míos que estáis ahí entre cadenas (y al decirlo dio una vuelta hacia las hileras de estacas)... ante vosotros tenéis al pequeñuelo que ha visto los bailes que celebráis en escondidos lugares... lo que jamás vio ningún hombre. ¡Rendidle homenaje, señores míos! ¡Salaam karo, hijos míos! ¡Saludad a Toomai el de los elefantes! ¡Gunga Pershad, ahaal ¡Hira Guj, Birchi Guj, Kuttar Guj, ahaa! ¡Pumini (tú que le has visto en el baile, y tú también, Kala Nag, perla de los elefantes! ahaa! ahaaa! ¡Todos a la vez! ¡A Toomai el de los elefantes! ¡Barrao!

Y al oír el último de estos salvajes gritos, la fila entera de elefantes lanzó al aire las trompas, encorvándolas hasta que los extremos tocaron las frentes, y prorrumpió ,

en el gran saludo, el trompetear atronador que sólo oye el Virrey de la India, el Salaamunt de la *keddah*.

Pero todo esto se hacía, únicamente, por Toomai el chico, que había visto lo que jamás vio antes hombre alguno: ¡el baile de los elefantes, por la noche, y solo, en el corazón de las montañas de Garo!

SIVA Y EL SALTAMONTES

(Canción que la madre de Toomit cantaba a su hijo menor)

Siva, que manda al hombre las cosechas
y hace que sople el viento,
sentado en el umbral de un claro día,
ha de ello mucho tiempo,

repartió su porción a cada uno,
de pan, trabajo y duelos,
desde el Rey, que en el guddee se reclina,
al pobre pordiosero.

Hízolo todo Siva, el que protege
sí, todo, ¡Mahadeo!
dio el espino al camello, al buey forraje,
y a ti, mi niño, por cojín mi pecho.

Al rico dióle trigo, mijo al pobre;
al santón que pidiendo
de puerta en puerta va, diole mendrugos;
reses al tigre hambriento;

carroña dio al milano, y a los lobos
que van rondando fieros
en tomo a los poblados, por la noche,
dióles trapos y huesos.

A todo atendió él, de lo más alto
hasta lo más pequeño;
pero Parbati, su mujer, burlarle
quiso como por juego,

en tan diversas cosas ocupado
al gran esposo viendo;
y así, robando al dios un saltamontes,
escondiólo en su pecho.

Tal hizo su mujer a Siva, el Grande,
¡Mahadeo! ¡Mahadeo!
¡Tratárase de un buey...! Mas, hijo mío,
no se trataba más que de un insecto.

Terminado el reparto, sonriente
dijo ella a su dueño.
-¿De entre un millón de bocas no habrá una,
señor, sin alimento?

-Ni una -dijo Siva-, ni siquiera
-añadió sonriendo
la diminuta que ocultaste, ha poco,
aquí, junto a tu pecho.

Sacó entonces Parbati, la ladrona,
el escondido insecto
y vio que hasta él comía verde hojuela
nacida aquel momento.

Violo asombrada, y a los pies de Siva
temblorosa cayendo,
rezó al dios, que en verdad, a cuanto existe
dio apropiado sustento.

Hízolo todo Siva, el que protege,
sí, todo... ¡Mahadeo!
dio el espino al camello, al buey forraje,
y a ti, mi niño, por cojín mi pecho.